

con libertad indefinida y con las mismas garantías que cualquiera otro ciudadano. La Nueva Granada, Venezuela, el Ecuador los arrojan como perjudiciales á la libertad, mientras que la República que en excesos de entusiasmo promete á Europa *libertad*, autoriza sus colegios y universidades, donde se forma un crecido número de sus futuros ciudadanos. Juzgue la sociedad entera una contradicción tan abierta de principios; y el fallo severo de la conciencia pública pese sobre naciones intolerantes que mentirosamente invocan la libertad para sancionar los actos mas despóticos de su tiranía.




---

 CAPÍTULO VII.

Impresiones. — Grandes ciudades. — Inconvenientes que definen bien el carácter nacional. — Edificios religiosos. — El domingo. — Sermon en las calles de Wasingthon. — Mont-Vernon. — Una inconsecuencia. — Visita al Niágara. — Las llanuras del Canadá. — Travesía del Atlántico. — Los meetings democráticos y las jóvenes oradores. — Liverpool.

No hace un siglo todavía que la América Inglesa, sumida en la colonización, apenas ocupaba la atención del mundo; no obstante que la feracidad de su territorio, sus ríos navegables, sus lagos y sus montes la llamaban á tomar uno de los primeros lugares en el rango de las naciones poderosas. Chateaubriand, pintando con la poesía que le es familiar los amenos bordes del Misisipi y las orillas románticas del Missouri, dejó un recuerdo del estado salvaje de aquellos países en una época poco distante de la nuestra. medio siglo despues de las escenas que el autor de los *Natchez* y de *Atala* coloca en selvas solitarias ó en valles poblados por indígenas, ¡quién hubiera dicho que habian de estar ocupados por ciudades rivales de las grandes capitales de Europa! Pasma ciertamente contemplan estas poblaciones, improvisadas, por decirlo así, y tanto mas cuanto sus hermosas construcciones, sus bellos parques y sus calles anchas y pobladas parecen una obra secular. Porque, en efecto, los Norte-Americanos en muy pocos años han poblado ciudades que en Europa no habrian podido formarse sino en el espacio de siglos. New-York, Filadelfia, Baltimore, Boston y todas las grandes capitales ostentan un esplendor que asom-



bra, y proporcionalmente este no es menor en las ciudades centrales como Cincinnati, Búfalo y Pitisburg. Yo veo en la formacion de todas retratado el carácter nacional de sus habitantes : en su aparicion instantánea se percibe bien ese genio emprendedor y fogoso que quiere realizar al momento los proyectos que concibe ; y como si temiese que el tiempo hubiera de faltarle mas tarde, saca de él cuantas ventajas son imaginables. Sus edificios, suntuosos á la vista pero de muy poca solidez, nos representan en relieve una generacion que no se ocupa sino de sí misma, sin que otras que han de sucederle entren en sus cálculos ni aun como objetos remotos. Y si no fuese así, ¿ cómo esos edificios devorados en un instante por los incendios tan frecuentes en los Estados Unidos volverian á aparecer quince dias despues tan hermosos como ántes? Por este motivo no me admiran ni el Capitolio, ni la Casa de Gobierno de Wasingthon, ni el Palacio de Justicia de New-York, ni los demas que decoran las grandes capitales de los Estados, y que se han levantado momentáneamente.

No podemos juzgar del mismo modo los edificios religiosos destinados al culto protestante : ellos datan de épocas anteriores, y están trabajados tambien bajo la influencia de otras ideas y de otros planes mas reposados. Sin embargo no existe alguno entre ellos que se haga notar por la magnificencia de su arquitectura ni por sus adornos interiores. Hemos indicado ántes que la iglesia de la Trinidad de New-York posee inmensas rentas, y no obstante su fisonomía es comparativamente pobre, y su interior mas que medianamente sencillo. Sin embargo este es el templo que ocupa el primer rango entre los que poseen en los Estados Unidos los disidentes del catolicismo. Los templos siguen en las naciones la suerte de la fe, de la que son en todas partes sus representantes. Una fe vacilante que no se mueve sino entre las agitaciones de la duda ó las angustias de la incertidumbre, no es á propósito ordinariamente para hacer pú-

blicas manifestaciones de fervor, consagrando suntuosos templos que las generaciones venideras pudieran apreciar como hijos de una creencia sólida ; de esa fe viva y sincera, por ejemplo, que puso las primeras piedras del Lateranense y del Vaticano en Roma, y abrió los cimientos de la célebre basilica que cubre en Jerusalem el Sepulcro del Salvador. Además, el protestantismo, frio y estéril de por sí, es incapaz de concebir las grandes obras religiosas que la fe ha adoptado como medio de hablar al corazon de sus creyentes. Miéntras ésta, perseguida, se mantuvo, ó errante en los desiertos, ó escondida en las catacumbas allá y acá, levantó los templos que le permitian los edictos de los tiranos y los suplicios de los verdugos que encontraba en todas partes. ¿ Qué corazon no se ha conmovido cuando, despues de atravesar mil callejones subterráneos, formados por hileras de sepulcros, se encuentra de repente en una capilla cavada en la tierra, y á la opaca luz de la lámpara que le guia, mira las imágenes de Cristo ó de su Santísima Madre que dibujó allí el fervor ardiente de los cristianos primitivos? ¡ Ah! esta es, á la verdad, la palabra con que la fe de los tres primeros siglos dispierta la del nuestro harto adormecida, y que saliendo de las catacumbas de Roma, de Nápoles y Melitene retumba su eco en el corazon del cristiano que conserva todavía algun rayo de su virtud. Algunas grutas de la Tebáida aun retienen la forma que les imprimió el cristianismo al trasformarlas de habitaciones de fieras en lugares santos destinados para la celebracion de los tremendos misterios. Cruces esculpidas en las rocas y vestigios de imágenes que allí existieron, son lo único que ha podido resistir diez y siete siglos de borrascas y aluviones.

El triunfo de la fe substituyó templos suntuosos á las catacumbas y cavernas, y el genio católico abrió entónces una nueva era á la arquitectura, creando un gusto peculiar para la formacion de sus templos, y reproduciéndolo ó modi-



ficándolo en la sucesion de las edades. Pero él fué siempre consecuente, nada cambió de su primera idea, nada esencial varió de su disciplina primitiva; y ese espíritu que le inspiró cavar templos para adorar á Dios y ofrecerle sacrificios en el corazon de la tierra y entre los frios despojos de la muerte, nada mas hizo que ensancharse en las grandiosas basílicas que elevaron las ciudades y los campos.

El protestantismo nada participa de aquel espíritu, y esto se percibe desde luego penetrando en sus templos, donde en vez de objetos que hablen al corazon el idioma de la piedad ferviente.... ¿qué se encuentra? Nada, absolutamente nada. Series de asientos numerados y vendidos á los fieles que deben ocuparlos, galerías de palcos destinados para los ricos, una mesa y sobre esta la Biblia, y un libro de Oraciones; ved ahí todo el adorno de tales templos. Nada de altar porque no hay sacrificio, ninguna imagen porque en el protestantismo la virtud extraordinaria, la perfecta santidad no tiene mas derecho para hablar al corazon que el impío y el perverso, ni el bienhechor insigne de sus semejantes merece un puesto de honor mejor que el que se ocupó solamente de sí propio. Acercáos á las murallas de estos templos, y veréis tumbas de hombres y mujeres; leeréis soberbios epitafios consagrados á personas oscuras las mas, y que aunque nada tiene el mundo que agradecerles, sin embargo ocupan allí su puesto, y se les recomienda como virtuosas en el lugar donde se supone á la verdad dirigiendo la palabra. Estos son los héroes que propone como modelos el protestantismo, despues de arrojar de sus templos las imágenes de los Santos. El genio sombrío que le caracteriza no sufrió delante de sí los rasgos vivos, ardientes y heróicos que dibujan la vida de los héroes de la Religion católica. Cada uno de estos templos no es mas que la reproduccion de la misma fisonomía; y yo, despues de haber visitado cuidadosamente los principales; nada encontré en ellos que pudiese excitar en el alma esos

movimientos de fervor á que debe entregarse el cristiano cuando asiste á la casa del Señor.

Los que predicán á los católicos ejemplos tomados del protestantismo hacen hincapié en la santificacion de los domingos, que suponen observar los disidentes con recomendable escrupulosidad. Yo habia oido exagerar esta en New-York, y me propuse conocer á fondo hasta dónde llegaba. En efecto, las tiendas de comercio cerradas, las fondas entreabiertas y con sus cortinas corridas en sus puertas y mamparas, las calles sin comparacion ménos traficadas que en los dias restantes de la semana, contribuyen á dar á las ciudades y á los pueblos un aire solemne y respetuoso que tan bién conviene al dia santo del Señor. Pero yo veía al mismo tiempo los templos vacíos, tanto en el servicio de la mañana como en el de la tarde, y en una ciudad que contiene mas de cuatrocientos mil protestantes claro es que deberia suceder lo contrario. ¿Dónde estaban pues miéntras tanto los escrupulosos observantes del dia festivo? — Los que no sufrían el mosquito, tragaban el camello. — Saliendo fuera de la poblacion, pasando por los jardines y casas de campo, entrando en los pueblecitos de los alrededores, girando por las numerosas tabernas y casas de juego, allí es donde se les encuentra á millares. ¡ Ved ahí el ejemplo que se nos recomienda !!!

Algun sermon dirigido al pueblo que transita por la calle viene de vez en cuando á interrumpir aquel silencio, no solo con los gritos del orador, sino con las risotadas y algazara de los que lo escuchan, sin participar de sus ideas. Yo ví en Wasingthon una de estas escenas. Cinco á seis personas puestas de pié á la puerta del *hotel* de Mármol cantaron algo que no pude entender: una de ellas, subiendo luego sobre una mesa, principió á predicar á un auditorio que, á pesar de los gritos que retumbaban, fué hasta el fin muy diminuto. Los individuos del auditorio *estaban en su derecho* al interrumpir frecuentemente al orador, y aquel



tambien en el suyo al hacer en su discurso alusiones directas y bien ofensivas á personas que tenian allí mismo sus oficinas de comercio. El sermon duró poco mas de un cuarto de hora, y el predicador apénas hubo concluido, entró al *hotel* á descansar de su fatiga, acompañado de alguno de sus oyentes. No seria extraño que miéntras él disparaba su dardo contra el comerciante de licores, cuyo almacén tenia enfrente, algun otro predicador los dirigiese contra él en otro sermon. Sucesos semejantes son muy frecuentes entre los protestantes de la América del Norte.

Dos veces por semana tiene lugar una romería que partiendo de Wasingthon se dirige á Mont-Vernon. Los concurrentes á su vuelta traen bastones que han cortado en aquel monte, y conducirán sin duda al lugar de su nacimiento, como los que los antiguos peregrinos tomaban en la montaña santa y llevaban consigo hasta su muerte. Á mí una preocupacion semejante me pareció muy ajena de un pueblo cuyos individuos ordinariamente he observado que miran con desden todo cuanto tiende á recordar lugares y personajes mas ilustres que Wasingthon, á cuya memoria consagran su romería á Mont-Vernon. Yo convingo que el padre de la República, el fundador de la independéncia nacional y el legislador de la Confederacion Americana es acreedor al recuerdo de sus conciudadanos; el lugar donde habitó constantemente tiene derecho tambien á ser conocido, y la casa que le abrigó durante sus últimos años á ser visitada por cuantos gozan el fruto de los desvelos que allí pasó por la patria aquel hombre extraordinario: mas el corazon que se entusiasma en tal peregrinaje, ¿qué razon tiene para pretender que otro permanezca insensible cuando visita los que le recuerdan los misterios venerandos que su fe adora, ó los triunfos inmortales de los campeones de su misma fe? Sin embargo, los que se entusiasman hasta la locura subiendo la cuestecilla del Mont-Vernon, y los que compran á peso de oro

las flores y los frutos que se venden como producidos allí, los que descubren su cabeza respetuosamente al acercarse á la casa del libertador de la América Inglesa, donde nada mas encontrarán que los muebles envejecidos del uso de aquel y la llave de la Bastilla no conquistada por accion de guerra, sino cedida como muestra de gratitud; y los que, en fin, se disputan el honor de sentarse los primeros en la silla del fundador de la Confederacion de los Estados Unidos, no quieren ver postrado al hombre delante del sepulcro del Libertador del mundo, ni que se den muestras de veneracion profunda en los lugares que santificó la presencia del Fundador del cristianismo. Yo les he visto visitar estos lugares sin concederles el respeto con que se acercan á la casa de Wasingthon. ¡Triste inconsecuencia del hombre, para quien no hay otras impresiones que las materiales, y en cuyo espíritu no vive ni la fe, ni lo que con esta tiene relacion! Mont-Vernon nada mas me recordó que un hombre célebre en la historia política, pero con las mismas menguas que los demas hombres; no son estas las impresiones que satisfacen al espíritu: este busca algo todavía mas grande, mas noble, mas elevado, él quiere objetos que le sean superiores en todo sentido, quiere al hombre, pero sin mengua, ó trasformado en otro hombre por la virtud heróica.

Muy superiores son, aunque de otra naturaleza, las impresiones que produce la vista soberbia, majestuosa é imponente del salto de Niágara. Un rio navegable que se precipita desde una inmensa altura, haciendo en su caída un ruido que se percibe á distancia de muchas millas, me representaba la imágen de la sociedad que, trabajada por principios disolventes, marcha á precipitarse en el abismo de la revolucion social. La inteligencia despejada que medita el curso de las ideas dominantes de la época, y el poder que apercebido del estallido que preparan estas juzgó innecesario prevenirlo poniendo en juego el resorte



de la autoridad, se hunden y perecen en un espantoso caos. Nada valieron los avisos previsores de la primera, pues era por sí sola impotente para detener el ímpetu de la corriente que arrastraba á la sociedad; y el poder que debía presto acudir en su auxilio cuando despertó de su letargo, fué, como Sanson, sin fuerzas ya para sostenerse en pié: cayó, y al hundirse nadie preguntará á la furia que lo derribó, lo pulverizó y lo redujo á la nada: *¿Qué se hizo? ¿dónde está?* Porque incapaz ella misma de gozar su victoria, se vuelve y se revuelve, como las aguas del Niágara, en el término de su salto. Él ha perecido, y un torbellino donde chocan y se agitan furiosamente pasiones opuestas, intereses opuestos é ideas también opuestas, ha entrado á ocupar su lugar en medio del horror que inspiran á la sociedad escenas tan monstruosas, y del ruido espantoso que produce el grito doliente de sus individuos que se ven arrastrados también al caos. Quien ha contemplado esa masa de aguas que se precipita, formando tres grandes cascadas, el torbellino que forman en su caída, ese ruido que anuncia este espectáculo imponente, y sentido la impresion que causa el conjunto de todos estos objetos, podrá juzgar hasta qué punto es exacta nuestra comparacion.

Pasado el Niágara tenia á la vista las vastas llanuras del Canadá, cubiertas de verdor, que dan á aquella tierra la fisonomía de una perpetua primavera. Yo no recorrí mas que una pequeña parte de este delicioso territorio, y volví atras para tomar el *Artico* que habia de llevarme á Inglaterra. Dejé pues la tierra de la falsa libertad para atravesar el Atlántico, buscando las playas del Viejo Mundo que me proponia contemplar. El pabellon de las estrellas que flameaba en nuestra popa ya me aseguraba bien que seria corto nuestro viaje, porque el capitán sabia aprovechar toda la fuerza del vapor para llegar en el menor tiempo posible. La mayoría de los cuatrocientos pasajeros que con-

ducia eran ciudadanos de Norte-América, así es que los *meetings* estaban á bordo á la órden del dia. En estos se pronunciaban largos discursos sobre puntos señalados un dia ántes por un viejo abogado á quien aquella sociedad demócrata dió por aclamacion el título de *presidente*. La palabra no se confiaba exclusivamente á los hombres, las mujeres también tenían su lugar; jóvenes que apenas contarian diez y ocho ó veinte años leían con desembarazo discursos escritos por ellas mismas, en presencia de mas de doscientos concurrentes. Una que habló *sobre el medio mas á propósito para extender las ideas democráticas*, sostuvo que debia emplearse la fuerza, arrancando su chocante palabrería aplausos tan repetidos que apenas le permitieran continuar.

Casi once dias duró nuestra navegacion: en la mañana del décimo ya veíamos las costas de la católica Irlanda, de esa tan bella cuanto desgraciada Irlanda; mirábamos sus montes cubiertos de verdor, los pueblos pequeños que se elevan en sus faldas, y uno que otro torreón edificados de trecho en trecho para servir de faro á los navegantes. Allá deseaba dirigirme yo para visitar esa nacion heroicamente religiosa. ¡Ojalá que mi visita pudiera estimarse alguna vez como el tributo que paga un corazón ardientemente católico á la nacion mas católica, miéntras mas perseguida por su fe! Y en efecto así lo realicé poco despues de arribar á Liverpool.

Liverpool, con sus cuatrocientos mil habitantes, lleno de fábricas de toda especie, emporio hoy del comercio del mundo y rival de Lóndres en actividad mercantil, carece de monumentos públicos que exciten la curiosidad del viajero, así como de grandes templos que revelen el sentimiento religioso del pueblo. El colegio de Jorge IV provee á su juventud de educacion científica, y es uno de los establecimientos mas bien dotados en la Gran Bretaña; mas el *Non ingenio tantum, sed etiam virtuti* que se lee en su



soberbio p[er]t[ic]o, no siempre se ha realizado en los establecimientos sometidos á la influencia protestante, que mas se ocupa de la educacion material que de la moral, y mas de formar hombres que de elevar los esp[irit]us.

